

De Betsaide. . . para los que no llegaron

Por ELEUTERIO GAGO

¡Magnífico día el que nos ha regalado el caduco verano, en este 18 de septiembre!

Magnífico el día, de acuerdo con el magnífico lugar de todos tan conocido y de todos tan admirado y más hoy, en que el verdor de los pinos, ya crecidos, contrasta grandemente con el gris plateado de las moles rocosas, que guardan como centinelas el Monumento al Recuerdo de nuestros amigos fallecidos, en aras de una afición tan zarandeada por las críticas, que no la comprenden y menos aún, en estos días de materialismos sin límite; crítica a la que no debemos prestar oídos.

Después de ver año tras año, como los montañeros han acudido a la cita con sus Compañeros que hoy caminan por las Grandes Montañas del Cielo, cita a la que nunca han faltado ni por el mal tiempo, ni por la lluvia, ni por el frío, no nos ha extrañado ver tanta afluencia, empujada por un espléndido día de sol y de luz y que ha invitado a gran número de montañeros y aquí incluyo a los esforzados veteranos, a los maduros, a los jóvenes y a las montañeras y niños, que con su belleza y alegría, unida a la del paisaje incomparable, nos compensan de las fatigas que pudiera causar tan amena ascensión.

Todo ha sido esplendor y alegría, unida a la belleza del lugar, en consonancia con la luz del sol, hasta el momento en que el alegre sonido de la campana, nos ha llamado cuando el sacerdote estaba a punto de comenzar la Santa Misa.

¡El recogimiento y devoción de los asistentes a este templo natural es tan grande, que no puede ser descrito! Y más aún, al llegar el momento sublime de la consagración, que saludado por las notas del txistu, entonando el Agur Jaunak, en un dúo que suena a «casi celestial», calando tan profundamente en el alma montañera, que los sentidos y los ojos se llenan de emocionadas lágrimas. Luego, la comunión tomada con gran devoción por muchos asistentes, interrumpida un momento por la caída semi-inconsciente de un valeroso niño montañero, al que el sol hizo más daño, por estar en ayunas para recibir a Dios. Y por fin, la bendición del Señor.

A continuación, unas oraciones por el eterno descanso y un sentido recuerdo por los que están en la mente de todos, acabando así, el acto más hermoso y bello, que un montañero puede ofrecer por el amigo fallecido, al intentar coronar las cimas de nuestras montañas. ¡Qué mejor homenaje, que la oración y el recuerdo en la montaña misma!

Y vuelve a reinar la alegría, en este día de sol, en que el buen humor y la camaradería, estimulan los saludos y abrazos a amigos y conocidos, que año tras año, se encuentran en este día y que animan durante el resto de la jornada, los alrededores del Monumento a los montañeros que hicieron la Última Ascensión.

Como mejor he podido, he descrito la parte amable y simpática de lo que es un Día del Recuerdo y mi corazón se llena de alegría, al ver la nutrida concurrencia. Pero también le embarga la pena, al ver las grandes ausencias. ¡Muchos son los que han venido, pero a mi pobre entender, son muchos también los que han faltado!

Y mi pena se dirige, sin crítica, ¡eso sí!, pero en ligero reproche, en primer lugar, a los que en un día tan señalado, no pueden dejar de hacer sus escaladas, cuando de entre ellos, de ese grupo de atrevidos escogidos, se nutre el mayor número de los que llenan de luto nuestros Clubs y a los que muchos de sus compañeros, no son capaces de reservar en todo un año, un día, una oración y un recuerdo.

También con pena, he pensado en los que sin reflexionar en el día de hoy, organizan sus excursiones montaÑeras en otras direcciones, empujados por la indiferencia hacia sus compañeros desaparecidos, o a lo peor, guiados por un egoísta concurso, y para el que tienen otros 51 domingos en el año, en que las pueden realizar... sin cargos de su conciencia montaÑera.

O de aquellos otros, que aún siendo amantes de la MontaÑa, también les atraen otras aficiones y a las que conceden mayor interés que a esta cita anual de Betsaide.

Y dirijo mis lamentaciones a los indiferentes, a los no amigos de los actos religiosos y que no saben ver y diferenciar, lo que de amor humano y fraternal tiene para los montañeros, este Día del Recuerdo.

A todos los ausentes de este año, va dirigida mi reconvención. No es mi intención ofender a nadie con ella, sino simplemente, hacerles ver lo hermoso de un día de hermandad en la montaÑa con los amigos y... «con los que lo fueron».

Yo estoy seguro, de que los Montañeros del Club del Señor, han perdonado y justificado vuestra ausencia, pues Ellos lo comprenden todo. Y nosotros, los que hemos estado allí... ¡también os perdonamos!, pues esperamos que el próximo año, Dios mediante, nos veremos todos en Betsaide, llevando a nuestros amigos, con nuestra presencia, la oración y el homenaje que se merecen, en el Día del Recuerdo.